Mariano 1515 Otero

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

CAER
EN LA RED,

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA POR

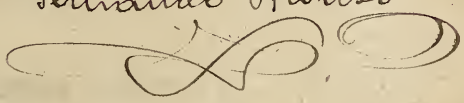
DON SALVADOR LASTRA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

A Mariano

A la memoria de D Salvador Alonso
Castro, el mal libro que yo ahora le dedi-
que una obra suya en su nombre.

Fernando Alonso



CAER EN LA RED.

CAER EN LA RED.

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA POR

DON SALVADOR LASTRA.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de VARIEDADES el 8 de Noviembre de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
VENTURA.....	Sra. Espejo.
CAROLINA.....	Srta. Rubio.
CÁRLOS.....	Sres. Vallés.
DON CÁNDIDO.....	Tamayo.
LUIS.....	Ruesga.
UN ESCRIBANO.....	Alverá.
ANTONIO.....	Palacios.

Época actual.—La accion del primer acto en casa de Ventura: la del segundo en casa de D. Cándido.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Aministracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que manca la ley.

ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala decentemente amueblada. Puertas laterales y ventanas al foro. Una cómoda, un armario, velador y encima un bastidor de bordar. Una butaca.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, LUIS.

Al levantarse el telon, la escena está sola, oscuridad completa. La puerta de la izquierda se abre sin ruido. Cárlos y Luis, embozados y con el sombrero hasta los ojos, entran misteriosamente.

CARLOS. (Bajando.) Estás seguro de que nadie nos ha visto?
LUIS. Nadie.
CARLOS. Pues cierra la puerta.
LUIS. Voy.
CARLOS. Pero sin hacer ruido.
LUIS. Corriente! (Cierra la puerta y recoge la llave.)
CARLOS. No pises fuerte.
LUIS. Bueno. (Andando de puntillas.)
CARLOS. Dame la llave.
LUIS. Toma. (Dándosela.)
CARLOS. Ya han dado las siete, por consiguiente ella debe haber salido. Tienes cerillas?

669458

LUIS. Sí.

CARLOS. Pues enciende una.

LUIS. Allá voy. (Enciende una cerilla. En el momento se oye cantar á Ventura, puerta derecha.)

CARLOS. Ella! Aún no ha salido. Apaga!

LUIS. Apaga. (Apaga la cerilla y tose figurando que le ha entrado humo en la garganta.)

CARLOS. Condenado, no tosas.

LUIS. (Tosiendo.) Si es el humo de la cerilla, que se me ha metido...

CARLOS. Que me pierdes! Ponte el pañuelo en la boca.

LUIS. Chico, me voy á ahogar. (Poniéndose el pañuelo dentro de la boca.)

CARLOS. No importa: ocultémonos.

LUIS. Pero en dónde? (Andando de puntillas.)

CARLOS. Date prisa, que sale.

LUIS. Pero si no veo.

CARLOS. Por aquí! Dame la mano. (Cogiendo la mano á Luis y subiendo al foro.) Colócate detrás de esta cortina y no te muevas.

LUIS. Está bien.

CARLOS. Te prohibo que respires.

LUIS. Hombre, eso...

CARLOS. Chist! Que ya está aquí. (Se colocan cada uno detrás de las cortinas de la ventana del foro.)

ESCENA II.

VENTURA, con luz y carta, puerta derecha. CÁRLOS y LUIS, escondidos.

VENT. Me ha parecido que andaban en esta sala... Habrá sido el viento. (Sube al foro.)

LUIS. (Chico, que se acerca.

CARLOS. Quieres callarte?)

VENT. Qué noche tan fría hace.

LUIS. (Me parece que voy á estornudar.)

VENT. (Cierra la ventana.) Cada vez siento más haber dado permiso á la muchacha para que se fuera á pasar unos

dias con su familia... Porque esto de estar sola, francamente, me da miedo.

LUIS. (Dice que está sola.

CARLOS. Silencio!)

VENT. Qué hora será! Ya debe estarme esperando mi primo para llevarme á Novedades... Hé aquí su carta: qué estilo tan apasionado y cómo se desvive por complacerme.

CARLOS. (Pobrecilla!)

VENT. (Leyendo.) «Querida prima: Acabo de llegar á Madrid y »adjunta te remito una butaca de Novedades.»

LUIS. (Dentro de la carta?)

VENT. «Esta noche se estrena un drama de un amigo mio, y »me lo ha ponderado mucho; es del género que tanto »te gusta; pues el puñal y el veneno danzan muy »á menudo en la obra.» Oh! El drama! Me muero por los dramas! Las emociones fuertes, la pasion... maná que da vida á los corazones tan sensibles como el mio! «Te espero á las siete en la puerta del ca»fé de San Isidro: si por casualidad llegas ántes que yo, »me aguardas en el café leyendo *La Correspondencia*. »No te olvida ni un momento, tu primo.» Y ya han dado las siete! Corramos á reunirnos con él. Dejaré aquí la luz cerca de la puerta, para tenerla á mano cuando vuelva. (Coge el candelero y lo coloca al lado de la puerta izquierda.) Decididamente he hecho muy mal en conceder el permiso á la muchacha; no está bien una mujer sola. (Apaga la luz: abre la puerta izquierda con una llave que sacará del bolsillo, y sale cerrando la puerta. En seguida se oye el ruido de la cerradura por fuera.)

ESCENA III.

CÁRLOS, LUIS. Pequeña pausa. El teatro queda completamente á oscuras. Salen de las cortinas Cárlos y Luis y bajan al centro de la escena en puntillas.

CARLOS. Se fué: ya somos dueños del campo.

LUIS. Gracias á Dios que puedo estornudar sin temer á... á... (Va á estornudar y no puede, haciendo gestos.) Es claro: ya se me han pasado las ganas.

CARLOS. Enciende una cerilla.

LUIS. Otra? (Saca una cerilla y la enciende.)

CARLOS. Ahora enciende esa vela.

LUIS. Pero me has traido de alumbrador. (Enciende la vela.)

CARLOS. Colócala encima de ese velador.

LUIS. Tambien eso? Pero quieres decirme por qué has abandonado á Toledo, y me has traido? (Coloca la vela encima del velador.)

CARLOS. Amigo Luis, yo te he convidado á comer con la condicion de que me ayudarías en mi plan sin decir una palabra. Has bebido, has comido, me has costado veinte y dos pesetas y media sin el café... con que cállate y obedece.

LUIS. Bueno; pero presiento que me he vendido muy barato.

CARLOS. Quítate la capa. (Se quita la suya.)

LUIS. Ya está. (Quitándosela.)

CARLOS. Ahora manos á la obra.

LUIS. Á qué obra?

CARLOS. Toma! La de registrar todos los muebles.

LUIS. Los muebles?

CARLOS. Sí, hombre, sí; los cofres, la cómoda, los armarios...

LUIS. Desgraciado! (Asustado.) Te has dedicado á la profesion de José María y quieres hacerme tu cómplice? Eso jamás.

CARLOS. Pero de dónde diablos sacas?...

LUIS. Todo lo comprendo y me voy: *te abandono en brazos del vicio.*

CRRLOS. Mira, deja de parodiar á Zorilla y no tomes el rábano por las hojas. ¿Cómo has podido creer que yo, Cárlos Bustamante, oficial primero del Gobierno de Toledo, venga á Madrid y entre por la noche en una casa habitada á incurrir en las penas marcadas en el artículo cuatrocientos cinco... cuando dentro de cuatro horas

firmo mi contrato de boda en la imperial Toledo? Francamente, te creía con una imaginacion más despejada; pero ahora veo que en tu cabeza sólo hay un queso de tu tierra. Manchego, tú no me has comprendido, pero tranquilízate y no temas nada.

LUIS. Pues entónces, ¿qué venimos á hacer aquí? En casa de quién estamos?

CARLOS. En casa de mi Ventura!

LUIS. De tu Ventura? No comprendo...

CARLOS. De mi prima Ventura, que hace tiempo me ha robado la mia. Nos hemos criado juntos! nos hemos amado lo mismo que Pablo y Virginia; y cuando quedó huérfana yo la juré que sería su marido. Nunca hubiera hecho semejante juramento: desde aquel instante mi prima dejó de ser lo que era, para cambiarse en una mujer insoportable y he vivido cuatro años pasando las penas del purgatorio.

LUIS. Y por qué no la dejas?

CARLOS. Ya se ve que tú no conoces á Ventura! Es capaz de envenenarme si supiera que me casaba con otra!

LUIS. Qué barbaridad!

CARLOS. Como lo oyes! Hace un mes que busco un pretexto, una causa, para romper de una vez con este cariño de la infancia, pero nada. Todas las semanas salgo de Toledo resuelto á regañar con ella; vengo aquí, me siento, y al cabo de una hora me voy convencido de que no tengo valor para ello.

LUIS. Y qué piensas hacer?

CARLOS. Afortunadamente la semana pasada tuve una idea excelente, una inspiracion sublime, y empecé á ponerla en práctica. Lo primero que hice fué llevarme la llave de esa puerta y mandar que me hicieran otra igual. Por este medio hemos podido entrar aquí sin que nadie se aperciba.

LUIS. Pero chico, eso...

CARLOS. Ademas, necesitaba dejarla por una hora, y esta mañana, al llegar de Toledo, lo primero que hice fué es-

cribirla una carta, que es la que ha leido hace poco.

LUIS. La de la cita?

CARLOS. Justamente. Mientras ella me espera en el café para ir á Novedades, nosotros registraremos toda la casa, y me apoderaré, en primer lugar de mis cartas, y luégo de alguna prueba de infidelidad.

LUIS. ¿Y si esa mujer se entera de que yo he sido tu cómplice y trata de vengarse?

CARLOS. Cuando digo que eres un manchego de muy poca imaginacion... Te ha visto ella por ventura? En fin, no tenemos tiempo que perder: á registrar, tú á esa cómoda, yo á este armario. (Durante el diálogo que sigu[e] van sacando ropa y objetos de la cómoda y del armario y los van tirando al suelo.)

LUIS. Si nos llegáran á sorprender en esta ocupacion nos tomarían por discípulos de Candelas.—Sábanas. (Tirándolas al suelo.)

CARLOS. Chocolate! Un paisano tuyo! (Sacando un queso manchego.) Y que huele muy bien! (Tirándolo.)

LUIS. Un manguito! Una gorra.

CARLOS. De cuartel? (Con ansiedad.)

LUIS. No, de mujer.

CARLOS. Busca, Luis, busca! Ah! Una petaca!... No me negarás que esto es una prueba palpable de... Calle! Si es la mia que me la dejé la semana pasada! (Se la guarda.)

LUIS. Aquí están! Aquí están! (Sacando un paquete de cartas.)

CARLOS. Qué?

LUIS. Las pruebas! Un paquete de cartas.

CARLOS. Dámelas, las leeremos en seguida, «Querida Ventura... »Soy un animal...» Yo conozco este animal! Toma, si son mis cartas. Hay necesidad de confiscarlas. (Se las guarda.)

LUIS. Un medallon con pelos.

CARLOS. Rubios?

LUIS. No, negros. (Se lo da.)

CARLOS. Los que yo le dí el dia de su santo. Desaparezcan tambien. (Se lo guarda.)

LUIS. Aquí está lo que tú buscabas.

CARLOS. Qué es?

LUIS. Un borrador de una carta dirigida á un hombre. (Dánl doselo.)

CARLOS. Venga! «No se ganse usted en percegirme, porque se »toma un trabajo infestuoso. Mi carriño pertenece a- »hombre...» Un hombre sin hache! «Que desdre la in- »fancia ha sido mi siervo constantemente: á mi primo »Cárlos.» Te advierto que escribe siervo con ce.

LUIS. Já! já! já! Te llama ciervo!

CARLOS. Pues señor, yo buscaba una prueba de su infidelidad y sólo tropiezo con muestras de su cariño. Está visto que en Madrid no hay más que una mujer fiel y esa me ha tocado á mí. En fin, sigamos buscando. Tal vez.... Eh? (Escuchando hácia la puerta izquierda.)

LUIS. Qué?

CARLOS. Siento ruido en la escalera... tal vez sea ella.

LUIS. Y ahora qué hacemos? (Apurado.)

CARLOS. No lo sé... sin duda se ha cansado de esperar.

LUIS. Si nos ve aquí va á empezar á dar voces.

CARLOS. Ah! Sublime pensamiento. Pronto, recoge tu capa y entra en ese cuarto.

LUIS. Para qué? (Cogiendo la capa.)

CARLOS. Y cuando salgas, tú no me conoces, entiendes?

LUIS. Pero qué significa?...

CARLOS. Que abre la puerta, escóndete.

LUIS. Ántes explícame...

CARLOS. Nada, tú no me conoces. (Le hace entrar en la puerta derecha dándole empujones.)

ESCENA IV.

VENTURA, con una cerilla encendida. CÁRLOS.

CARLOS. (Ahora un poco de serenidad.)

VENT. Qué memoria la mia! He olvidado el billete. Qué es esto? (Entrando y reparando la luz y á Cárlos.) Un hombre!

Favor! Socorro!

CARLOS. No alborotes, soy yo.

VENT. Cárlos!... Pero qué haces en mi cuarto á estas horas? Á qué has venido? por dónde has entrado?

CARLOS. Por allí. (Señalando la puerta izquierda.)

VENT. Pero cómo?

CARLOS. Con esta llave falsa. (Enseñándosela.)

VENT. Dámela, no puede permanecer ni un momento más en tu poder. (Se la quita y repara en la ropa que hay en el suelo.) Pero Dios mio! Qué desórden es este? Mi cómoda abierta... el armario... Qué significa esto?

CARLOS. (Aplomo.) Pues muy sencillo, voy á explicárselo á usted. (Con aplomo y gravedad cómica.)

VENT. Qué tono!

CARLOS. Es el que corresponde á mi situacion.

VENT. Pues qué te pasa?

CARLOS. Pasa... señora... que estoy celoso. (Con entonacion trágica.)

VENT. Tú? já! já! já!

CARLOS. No se ria usted, que la situacion es grave.

VENT. Pero hablas en serio?

CARLOS. Hace dias que tengo una culebra que me roe el corazon, que me hace pensar muy á menudo en el viaducto de la calle de Segovia. (Lloriqueando.)

VENT. Pero qué motivos tienes?...

CARLOS. Una carta anónima me lo ha revelado todo.

VENT. Y en ella te dicen?...

CARLOS. Que usted me engaña, señora! Que abusa usted indignamente de mi candidez sirviéndola de juguete el cariño que desde la infancia la profeso! Oh, ingratitud de los siglos! Burlarse del hombre que tanto la quería... (Llorando cómicamente.)

VENT. Mira, no llores, que te pones muy feo!

CARLOS. No trato de agradar á usted, en algun tiempo... tal vez... pero ahora...

VENT. Dejemos esta enojosa comedia y explícame de una vez por qué te encuentro en mi casa á estas horas.

CARLOS. No finja usted, señora, porque lo sé todo.

VENT. Pero qué es lo que sabes?

CARLOS. Que todas las noches, mientras yo duermo tranquilamente en Toledo, usted recibe en su casa á un jóven.

VENT. Cárlos!

CARLOS. Pero que vale infinitamente ménos que yo... porque usted no ha reparado en mis prendas personales, son muy aceptables.

VENT. Tambien dice eso el anónimo?

CARLOS. El anónimo no habla más que de mi rival, que es un hombre feo, con ojos de perdiz y una nariz como el puño de un baston.

VENT. Pues será bonito. (Riéndose.)

CARLOS. Deseando sorprenderle y hacer ciertas averiguaciones, la he alejado á usted de su casa bajo pretexto de llevarla á Novedades.

VENT. Y en ese tiempo has registrado todos mis muebles?

CARLOS. Sí señora, y las pruebas que buscaba...

VENT. Qué?

CARLOS. No he podido encontrarlas.

VENT. Mira, vamos á Novedades y déjate de representar comedias. (Sube á recoger la ropa.)

CARLOS. Diga usted más bien tragedias. Qué es eso? (De pronto y fingiendo que oye ruido.)

VENT. Qué te pasa?

CARLOS. He sentido ruido en ese cuarto.

VENT. Todavía continúa la broma?

CARLOS. Señora, en ese cuarto hay álguien. (Por la puerta derecha.)

VENT. Sí, el gato.

CARLOS. No tal; un hombre.

VENT. Jesús! y qué pesado estás!

CARLOS. Ahora sabré toda la verdad. Ah! Un hombre! (Abre la puerta y retrocede.)

VENT. Qué dices?

CARLOS. Estaba seguro de ello! Salga usted, caballero, salga usted... ó creeré que es usted un cobarde.

ESCENA V.

DICHOS, LUIS, puerta derecha.

LUIS. Muy buenas noches, señora, está usted buena?

CARLOS. (Animal.) Y ahora me negará usted que mis celos son fundados? (Á Ventura.)

VENT. Pero yo no conozco á este caballero, sin duda es un ladron. Llama á los vecinos, al sereno, que le prendan.

LUIS. Qué?... (Asustado.)

CARLOS. Es inútil que trate usted de engañarme; el señor no es un ladron. (Dí algo, hombre!

LUIS. Y qué quieres que diga?)

VENT. Pues quién es entónces?

CARLOS. Su amante de usted. (Con tono trágico.)

LUIS. (Qué dices?)

VENT. Mi amante?

CARLOS. El anónimo no mentía, las señas son exactas: ojos de perdiz, nariz de puño de baston...

LUIS. (Pues me gusta.)

VENT. Cárlos, yo te juro...

CARLOS. Nada de juramentos, porque ante la evidencia no sirven para nada. Adios! ha lacerado usted mi corazon, me ha hecho usted infeliz para toda la vida, pero la perdono... sea usted dichosa! Adios para siempre. (Llorando cómicamente.)

LUIS. (Y me deja aquí sólo.)

VENT. Oh! no te vayas, Cárlos! Soy inocente! Pero diga usted algo, caballero! (Á Luis.)

LUIS. Yo... yo...

CARLOS. Se lo prohibo á usted! Aquí está de más toda explicacion! Dentro de un instante me la dará como cumple á un caballero.

VENT. Ah! un duelo! Jamás lo consentiré.

LUIS. Un duelo! (Pero chico...

CARLOS. No conoces que es una comedia?) Su tarjeta de usted.

LUIS. Mi tarjeta? (Sin saber qué hacer.)

VENT. Pero considera...

CARLOS. Vacila usted? Yo sabré obligarle á que acepte el desafío. (Le da un bofeton.)

VENT. Ah! (Se interpone entre los dos.)

LUIS. (Uf! Pues esto no es comedia!)

CARLOS. Y se calla usted? Tendré necesidad de repetir... (Levantando la mano.)

LUIS. (Un demonio.) Tome usted. (Se apresura á darle una tarjeta. Ventura se adelanta y se la quita.)

VENT. Jamás. Ese duelo no se llevará á efecto. (Se pone á leer la tarjeta.)

CARLOS. Que no? Salgamos, caballero. (Haciendo señas de que salga.)

LUIS. Salgamos.

VENT. Já! já! já! No hay miedo de que llegue la sangre al rio. (Despues de leer.)

LUIS. Eh? (Deteniéndose.)

CARLOS. (Qué dice?) (Id.)

VENT. Qué es eso? por qué se detienen ustedes? acaso les faltaría ya valor para ponerse el uno enfrente del otro?

CARLOS. En qué se funda usted?

VENT. En nada, pero dudo mucho que semejante desafío se realice.

CARLOS. Pues pronto sabrá usted su resultado. Salgamos.

LUIS. Salgamos.

VENT. Un momento! Conoces tú á un jóven llamado Luis Escudero?

LUIS. (Eh?)

CARLOS. Señora, es tarde para...

VENT. Dí, le conoces?

CARLOS. No le he visto en mi vida.

VENT. (Á Luis.) Y usted, caballero, le conoce?

LUIS. Yo... tampoco. (Cárlos le hace una seña negativa.)

VENT. Pues voy á leerles á ustedes una carta en que me hablan de él.

CARLOS. Pero á qué viene ahora?...

VENT. Concluyo en seguida.

CARLOS. (Esto se pone malo.)

VENT. (Leyendo.) «Querida Ventura: Con sentimiento te par-»ticipo que me es imposible verte, tengo que ir á es-»perar á un amigo mio que llega hoy á Madrid; á Luis »Escudero, de quien tantas veces te he hablado. Yo sa-»crificaría por tí los deberes de la amistad de un tonto...»

LUIS. (Picado.) ¿Cómo?...

CARLOS. Salgamos, caballero! (Maldita carta...)

VENT. Tonto dice! (Enseña la carta á Luis.) «Pero su padre, que »era antiguo amigo del mio, me lo recomienda y no »puedo dejarle mal. Me veo obligado á ser por algun »tiempo el preceptor de ese imbécil.»

LUIS. Hombre, eso ya es demasiado.

VENT. Y firma Cárlos Bustamante.

LUIS. Tratar de imbécil y tonto al hombre que tantos favores...

VENT. Ah! Pero usted le conoce?...

LUIS. Á quién?... al imbécil?... Sí señora... Digo, no... es decir... (Cárlos le hace señas para que calle.)

VENT. Basta, caballero! Acabemos esta ridícula farsa! Y si otra vez se presta á servir de actor en una comedia de esta clase, no olvide usted de llevar en el bolsillo por si hay algun desafío, tarjetas que no sean las suyas. (Dándole la tarjeta.)

LUIS. (Me he lucido.)

CARLOS. (Y yo que no recordaba...)

VENT. Visto ya el desenlace de la comedia, su papel ha concluido, y puede abandonar esta casa ahora mismo.

LUIS. Sí señora, me voy.

CARLOS. Y yo tambien.

VENT. No; tú te quedas, tenemos que hablar los dos.

LUIS. (Á Cárlos.) (Necesito una satisfaccion.

CARLOS. (Á Luis.) Luégo te la daré... busca un coche y espéra-me abajo.)

VENT. Caballero!... (Le señala la puerta.)

LUIS. Á los piés de usted, señora. (Yo te diré si soy imbécil.) (Váse puerta izquierda.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, VENTURA.

CÁRLOS. (Mirando el reló,) (Las ocho y cuarto, y á las nueve sale el tren.)

VENT. Cárlos, ha llegado el momento de que hablemos con toda franqueza.

CÁRLOS. (Sí, es necesario terminar.)

VENT. La farsa ridícula de esta noche me indica bien claro que buscabas un pretexto para acabar de una vez.

CÁRLOS. Yo te diré... (Es preciso ganar tiempo.)

VENT. Tú no me quieres ya.

CÁRLOS. Poco á poco; eso es ir demasíado lejos. Lo que es quererte... sí te quiero; ya ves, tú eres mi prima, y yo nunca podré olvidar que soy un primo... y entre parientes debe existir cariño... porque la sociedad... la sangre... y los juegos infantiles... y el tiempo... (Pues señor, no puedo decírselo más claro.)

VENT. (Llorando.) Tú no me quieres, Cárlos, no me quieres.

CÁRLOS. (Adios! Las cataratas del Niágara.)

VENT. (Llorando.) Qué desgraciada soy!

CÁRLOS. Vamos, querida prima, es preciso que seas razonable; esto debía suceder un dia ú otro... Los amores de la infancia sólo existen en las novelas para alargarlas. Tú lees muchos folletines, no faltas á la representacion de ningun drama patibulario, y eso ha hecho nacer en tí unas ideas inverosímiles en estos tiempos. Hoy los amores duran ménos que un ministerio, y ya ves que en España se cambian con facilidad.

VENT. Todo eso quiere decir que ya no me amas, que quieres á otra.

CÁRLOS. Pues bien, no quiero engañarte, es cierto.

VENT. Luego tengo una rival... una mujer que me roba tu cariño... Y te figuras que voy á ver con calma tu conducta, indigna de un caballero! Que voy á tolerar que otra mujer... Ves? ya estoy atacada de los nervios... Me parece que me va á dar la convulsion, y en estos momentos soy capaz de morder y de... (Aproximándose á Cárlos en son amenazador.)

CARLOS. Serénate, querida prima. (Á que me muerde ántes de casarme?) (Retrocediendo.)

VENT. Dónde vive esa mujer? (Furiosa.) Quién es? Cómo se llama? Quiero ir á su casa á romperlo todo, á matarla! Estoy nerviosa, furiosa... (Tirando una silla al suelo.)

CARLOS. (Y espantosa.) (Retrocede.)

VENT. Necesito saber cómo se llama.

CARLOS. (Cualquiera se lo dice.)

VENT. Lo necesito! (Con imperio.)

CARLOS. (Sus ojos echan chispas...) Se llama... Nicasia... Per... digones.

VENT. Mientes!

CARLOS. Te digo la verdad!

VENT. Cárlos, tú no me conoces. (Amenazando.)

CARLOS. Que no te conozco? (Ojalá no te hubiera conocido!)

VENT. Tú no sabes quién soy yo.

CARLOS. (Una fiera escapada del Retiro.)

VENT. No me dices cómo se llama esa mujer.

CARLOS. Pues bien, no: qué adelantas con saber su nombre? Piensas que por eso vas á impedir mi matrimonio? Yo soy enteramente libre para casarme con quien me dé la gana y cuando quiera. Ea! ya me cansé yo de contemplaciones. Yo soy dueño de mi voluntad y tú no tienes ningun derecho sobre mí. (He sido tardío pero cierto.) (Huyendo de ella.)

VENN. Tienes razon; no tengo ningun derecho sobre tí y desde ahora quedas completamente en libertad. (Muy despacio y con mucha amabilidad.)

CARLOS. (Qué cambio! Y yo que creí que me iba á tirar una silla á la cabeza!)

VENT. (Por la violencia no podré saber la verdad.) (Lo que sigue con mucha amabilldad.) Te suplico por lo tanto que dispenses mi arrebato, hijo sólo del cariño que tú has hecho nacer en mi corazon. (Queriendo llorar.) Porque tú me has dicho muchas veces que me querías. (Llorando.) Tú me has jurado que sería... tu... esposa... y decírme así de pronto... que ya no me quieres, que te vas á casar con otra, eso... aunque una tenga el corazon de piedra no es posible contenerse. (Rompiendo á llorar.)

CARLOS. (Pues no estoy llorando lo mismo que un chiquillo.) Lo que estás diciendo es muy cierto; pero tambien lo es, que yo prometí casarme contigo, si mejoraba de posicion, y ya ves que hasta ahora...

VENT. Todo te lo perdonaba, si supiera que te casabas con una mujer rica; pero unirse á otra tan pobre como yo...

CARLOS. Pues te equivocas, que su padre es el más rico de Toledo, y con la mano de su hija cojo una renta de doce mil duros.

VENT. (Infame! Le seduce el interés!) Conque es tan rico? Entónces ya varía la cuestion. Tu porvenir es ántes que todo y yo te quiero demasiado para oponerme á él. (Con mucha dulzura.)

CARLOS. Vamos, ya veo que estás razonable.

VENT. Y dime, cuándo te casas?

CARLOS. Muy pronto.

VENT. Dentro de un mes?

CARLOS. Ántes. La boda se había retardado un poco porque esperábamos á mi hermana Julia, que vive en Leganés; pero ántes de ayer hubo carta en que nos decía que no podía venir, porque su hijo estaba con un gran catarro. Así es que mi suegro ha decidido que se haga la boda dentro de cuatro dias.

VENT. Dentro de cuatro dias?

CARLOS. Sí; y esta noche á las once firmamos el contrato. Cáspita! Las ocho y media: no puedo detenerme más tiem-

po. Querida prima, nunca olvidaré el sacrificio que por mí haces y mi agradecimiento. Ea, adios!

VENT. Cárlos... no te vayas tan pronto. (Con mucho cariño.)

CARLOS. Pero considerá que me estarán esperando...

VENT. Te lo suplico... por la última vez. Concédeme cinco minutos nada más.

CARLOS. Sea; me quedo cinco minutos porque has sido buena. (Se queda con el reló en la mano.)

VENT. Oh! gracias! Siéntate aquí. (Con alegría.) Y yo me pondré á trabajar á tu lado... como otras veces. (Se sienta entre la butaca y el velador: coge de este su bastidor y se pone á bordar.)

CARLOS. (Pobrecilla. La verdad es que si hubiera sido siempre así.) (Sentándose.) Eso que bordas es muy bonito. (Despues de una pausa.)

VENT. Son unas zapatillas que te iba á regalar el dia de tu santo; pero ya... como te casas con otra...

CARLOS. Y eso qué le hace? Un primo bien puede recibir un regalo de su prima!

VENT. Pero tu mujer...

CARLOS. Mi mujer no podrá decir una palabra, porque entre parientes todo está permitido...

VENT. De modo que puedo concluirlas?

CARLOS. Y regalármelas el dia de mi santo; pues no faltaba más. Despreciar yo unas zapatillas que han bordado unas manos tan lindas... y tan... (Cogiéndoselas.)

VENT. Vamos, estáte quieto. (Con coquetería.)

CARLOS. Caracoles! que me he pinchado!

VENT. Ay! cuánto lo siento!

LUIS. Cárlos! (Dentro.)

CARLOS. Quién!

LUIS. Soy yo. El coche está abajo y van á dar las nueve.

CARLOS. Allá voy. Conque prima... (Levantándose.)

VENT. Te vas ya? (Con sentimiento.)

CARLOS. Es preciso, hija mia!

VENT. Espérate un minuto!

CARLOS. Pero...

VENT. Uno nada más! (Con cariño.)

CARLOS. Accedo... porque has sido buena! (Se vuelve á sentar. Ventura sigue bordando. Pequeña pausa. Sigue con el reló en la mano.)

VENT. Ahora no tendré más que un deseo... y es saber que eres dichoso.

CARLOS. Te lo agradezco, primita. (Pues señor, esta mujer no es la misma de ántes.)

VENT. Y dime, ¿es bonita? (Bordando sin levantar la vista.)

CARLOS. No tanto como tú, pero vamos pasando.

VENT. Rubia ó morena?

CARLOS. Rubia.

VENT. Tiene el nombre bonito?

CARLOS. Doce mil duros de renta.

VENT. Te pregunto por su nombre.

CARLOS. Carolina!

VENT. Carolina de...

CARLOS. Carolina Buena-Pasta, hija única. Su padre ha tenido fábrica de fideos, pero ahora se ocupa en comérselos.

VENT. Y vas á vivir con él?

CARLOS. Nos cede la mitad de su casa. Una magnífica casa en la calle Real, número veinticuatro. Demonio! Las nueve menos veinte. Ahora me es imposible detenerme más. Adios. (Levantándose.)

VENT. Marcharte? No esperes que yo lo consienta. (Levantándose y colocándose delante de la puerta.)

CARLOS. Cómo?

VENT. Ahora que todo lo sé, que todo me lo has dicho, su nombre, donde vive, no saldrás de aquí. (Cierra con llave la puerta y se la guarda.)

CARLOS. Me has tendido una red...

VENT. Ya pueden esperarte sentados el fabricante de fideos y la jóven rubia.

CARLOS. Señora, esa llave.

VENT. Jamás!

CARLOS. Abra usted esa puerta ó de lo contrario...

VENT. Mira como te obedezco. (Tira la llave por la ventana.)

CARLOS. Qué haces?

LUIS. Ay! ay! ay! (Dentro.)

VENT. Ahora es imposible que salgas de aquí.

CARLOS. Sabe usted, señora, que en cuanto salga voy á dar parte á la justicia?

VENT. Puedes hacer lo que quieras.

CARLOS. Esto es un secuestro.

VENT. Tal vez.

CARLOS. Qué van á pensar cuando no vaya, ellos que me creen en Toledo?

VENT. Puedes escribirles que te casas conmigo.

CARLOS. Nunca!

VENT. Nunca? Pues bien; ya que no quieres ser mio tampoco serás de otra. (Corre al armario, lo abre y saca un cuchillo de mesa.)

CARLOS. Qué vas á hacer?

VENT. Á matarte y despues matarme. De este modo nos reuniremos allá arriba. (Amenazándole.)

CARLOS. Por Dios, prima, no hagas una barbaridad!

VENT. Cárlos, no me niegues esta última prueba de amor.

CARLOS. Pues ya lo creo que te la niego. Vamos, deja eso, mira que llamo á los vecinos, al sereno...

VENT. Cobarde! Tienes miedo á la muerte!

CARLOS. Como que dicen que es muy fea!

VENT. Entónces moriré yo.

CARLOS. Eso ya es distinto!

VENT. Pero á tí te echarán la culpa de mi muerte y serás sentenciado como criminal.

CARLOS. (Caracoles! pues es cierto!) No te mates, querida prima, considera que si me dan garrote voy á quedar muy feo; y cuando nos juntemos allá arriba, no me vas á conocer!...

VENT. Ay... Cárlos!... yo me pongo mala... no sé lo que siento... tantas emociones... me muero... (Sentándose.)

CARLOS. Hija mia, no te mueras, déjalo para cuando yo me vaya. Las nueve menos diez...

VENT. Ahora serás libre... dichoso... podrás casarte con esa

rubia.

CARLOS. (Ahora que recuerdo: ella tiene mi llave en el bolsillo: si yo pudiera...) Vamos, querida prima, vuelve en tí... todo cuanto te he dicho ha sido una broma para probar tu cariño.

VENT. (No te creo!) Ay!...

CARLOS. Pero yo te amo, te amo como (De rodillas.) siempre, y sólo deseo llamarte mi esposa... (Está sentada encima del bolsillo.) Así, pues, dame la llave que te dí ántes.

VENT. Para qué?

CARLOS. Para ir á llamar un médico.

VENT. (Ah, pillo!) No hace falta, ya estoy mejor. Tu voz es un bálsamo para mí; tus palabras me devuelven la vida. Háblame, querido Cárlos, no te calles. Es cierto qué me amas?

CARLOS. Te lo juro! Yo sería un monstruo si pensase en abandonar una mujer que me ama como tú me amas.

VENT. Oh, sí!

CARLOS. Nos casaremos cuanto ántes.

VENT. Y si tú quieres dejaremos á Madrid: nos iremos á vivir á la montaña...

CARLOS. Rusa?

VENT. No, á Suiza, á...

CARLOS. Galicia es más poético.

VENT. Compraremos una casita lejos de la poblacion, y allí rodeados de...

CARLOS. Vacas, tomaremos leche todas as mañanas muy temprano.

VENT. Y seremos muy felices.

CARLOS. Lo mejor es que partamos en seguida. Voy á preparar mi equipaje, dame la llave. (Levantándose.)

VENT. No te vayas!

CARLOS. Cómo! Desconfías de mí?... Dudas todavía de... Entónces me quedo.

VENT. De veras?

CARLOS. Me quedo... para que te avergüences de tus sospechas. Mira, voy á pasar la noche en esta butaca. (Sentándose.)

(En cuanto se quede dormida, me escapo aunque sea por la ventana.)

VENT. Y yo velaré tu sueño trabajando á tu lado.

CARLOS. Aaaaah! (Bostezando.) Diablo! Pues no tengo frio!

VENT. Toma tu capa y abrígate bien. (Va por la capa, y se la echa encima.)

CARLOS. Ajá! ajá! Si quisieras cerrar la ventana.

VENT. Con mucho gusto. (La cierra.)

CARLOS. (Desorientémosla.) Pues mira, todavía tengo frio! Me parece que no estoy bueno... debo tener calentura.

VENT. Ponte tambien mi abrigo. (Va por él y se lo echa.)

CARLOS. No sería malo que me hicieras una taza de té.

VENT. No, mejor es tila: precisamente ántes de marcharme hice un poco... espera, voy á traerte una taza.

CARLOS. Sí, no te detengas.

VENT. No te muevas, eh? Pronto vuelvo. Nada puedo temer, tengo la llave en el bolsillo. (Váse puerta derecha.)

ESCENA VII.

CARLOS, á poco LUIS.

CARLOS. En seguida voy á esperarte. (Levantándose de un salto.) Y ahora aunque me rompa una pierna es preciso que yo vaya á casarme. Afortunadamente no es más que piso principal. (Ruido de cerradura.) Eh?... Quién es?... (Al oir ruido en la cerradura.)

LUIS. Pero hombre, que son las nueve. (Saliendo.)

CARLOS. Quién te ha dado esa llave?

LUIS. La he recibido en la cabeza.

CARLOS. Golpe del cielo.

LUIS. Pues sin embargo me ha hecho un chichon.

CARLOS. Es preciso ganar tiempo. Pronto, siéntate ahí y hazte el dormido.

LUIS. Ántes es necesario que me expliques lo de la carta.

CARLOS. En Toledo te explicaré todo lo que tu quieras; pero no me niegues ahora este favor.

LUIS. Corriente! pero lo de imbécil... (Sentándose.)

CARLOS. Que va á venir... (Echándole encima su capa, la suya y el abrigo de Ventura.)

LUIS. Chico, que me ahogas!

CARLOS. No digas una palabra... (Tapándole la cara.) no te muevas... hazte el muerto, mientras yo corro á Toledo á casarme! (Váse corriendo por la puerta izquierda.)

ESCENA VIII.

LUIS, á poco VENTURA, con taza y plato.

LUIS. Qué me haga el muerto!... Pero así no puedo estar mucho tiempo... me sofoco... (Con la cara tapada.)

VENT. Vamos, no te impacientes... (Enfriando la tila con la cucharilla.) Aquí tienes la taza de tila! Afortunadamente no se habia apagado la lumbre...

LUIS. (Me ha encargado que no diga una palabra.)

VENT. Calle! Te has tapado tambien la cara!... Te ha dado más fuerte el frio? No me contestas?... Si se habrá dormido?... Cárlos! Cárlos! (Lo destapa y se le cae la taza encima de Luis.) Ah! No es él!

LUIS. Caspitina! Qué me ha abrasado vivo! (Levantándose y echando á correr.)

VENT. Oh! Se ha burlado de mi! Yo sabré vengarme! (Teola rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala decente; muebles decentes, mesa en el centro con escribanía, papeles, una bandeja con dulces, botella de licor y bandeja con copitas. Puerta al foro y laterales, dos candelabros con luces.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, D. CÁNDIDO, ESCRIBANO, á poco ANTONIO por el foro. Al levantarse el telon todos los personajes están sentados, formando semicírculo alrededor de la mesa, encima de la cual está el contrato, escribanía, bandeja con dulces, botella con licor y copas. El Escribano está sentado detrás de la mesa en el centro, y á las puntas Carolina y D. Cándido. Todos duermen y roncan. Es de dia: las bujías, consumidas sus tres cuartas partes arden todavía. El reló da las ocho. Pequeña pausa. Sale Antonio por el foro.

ANT. Señor, señor! Calle! Pues si están todos dormidos! Es claro, han estado toda la noche esperando al futuro, y á fuerza de esperarle se han quedado dormidos... Apagaremos estas luces porque ya es de dia. (Apaga las luces.)

CAND. Bribon! Tunante! (Soñando.)

ANT. Sin duda sueña con su yerno, porque á mí me llama imbécil. Señor, señor! Á la otra puerta. (Llamando á Don

Cándido.) Señorita Carolina!... (Llamándola.) Idem... Señor Escribano!... Pues yo tengo necesidad de decirles lo que me ha pasado... á ver si de ese modo... (Coge la campanilla de la escribanía y la agita con fuerzas en los oidos de los personajes. Estos se despiertan.)

CAND. Adelante quien sea!

CAROL. Qué es eso?

ESCRIB. Qué pasa?

ANT. Soy yo, Antonio.

CAND. Ah! eres tú?... Y mi yerno? (Levantándose.)

CAROL. Y mi novio? (Todos le rodean.)

ESCRIB. Y el futuro?...

CAND. Por qué nó viene?

CAROL. Le has visto?

ESCRIB. Está malo?

CAND. Explícate de una vez.

ANT. Pero si ustedes no me dejan hablar con tantas preguntas.

CAND. Tiene razon el chico, callémonos para que pueda facilmente... Aaaaah!... (Bostezando.)

TODOS. Aaaaah! (Idem.)

ANT. (Vaya una música!)

CAND. Caspitina! Si ya es de dia!

ANT. Como que son las ocho da la mañana.

TODOS. Las ocho!

CAND. Y vuelves ahora de casa de mi yerno, habiéndote mandado á las diez?...

ANT. No señor; no vengo ahora de su casa.

CAND. Pues entónces ¿dónde has pasado la noche? Antonio, tu conducta es sospechosa, y me veo obligado á pedirte cuentas de ella. Cuando yo tenía la fábrica de pastas ningun dependiente...

CAROL. Papá, me parece que no es esta ocasion de decir...

CAND. Tienes razon, hija mia; la culpa es de Antonio, que no quiere explicarse.

ANT. Pero si usted ha empezado á culparme sin saber lo que me ha pasado.

CAND. Tienes razon, Antonio, habla.

ANT. Pues señor, fuí á casa de don Cárlos; pregunto al portero, que por cierto estaba en mangas de camisa, y me dice que esta mañana había salido muy temprano, y que todavía no habia vuelto. Yo, como usted me dijo que no me volviera sin él, empezé á recorrer todos los cafés, sin dejar el más pequeño rincon; pero nada, no estaba. Vuelvo otra vez á su casa, y el portero, que estaba ya en calzoncillos, me dió la misma respuesta que ántes. Entónces me dije: «Si habrá ido á casa y estaré yo perdiendo el tiempo?... Me llegaré en un instante, y así salgo de dudas.» Vine aquí, le pregunté á Pepe por don Cárlos, y me dijo que todavía no habia parecido. Pues señor, hay que volver á su casa... y con efecto, fuí; la puerta estaba cerrada: llamo, y al cabo de un cuarto de hora de alborotar la calle, se abre la puerta y sale el portero, esta vez...

CAND. Basta; suprime los detalles, porque no son ahora del caso. Dices que salió el portero y que te dijo...

ANT. No señor, no me dijo nada; me dió un garrotazo en la cabeza, y entónces fuí yo el que dijo ¡ay!

TODOS. Qué barbaridad!

ANT. Como ustedes pueden suponer, el dolor no me quitó las fuerzas y empecé á tomar la revancha á puñetazos. Dió voces, acudieron los serenos, y sin enterarse de lo que habia pasado, nos llevaron á los dos á la prevencion, y me han soltado ahora, gracias á la llegada del inspector, que ha reconocido mi inocencia.

CAND. De modo que mi yerno?...

ANT. Todo lo que puedo decir de él es que no ha ido á su casa en todo el dia ni en toda la noche.

CAROL. Esto es espantoso, papá. El dia que se firmaba el contrato...

CAND. Si, hija mia; tienes mucha razon; pero sin embargo, debe haber algun motivo gordo para que mi futuro yerno, que es un hombre incapaz de faltar á su palabra... Á usted qué le parece, señor don Crisanto?

ESCRIB. Hombre, creo que si le ha sucedido alguna cosa está

disculpada su tardanza; pero si no le ha pasado nada ha hecho muy mal en no venir. Esto es lo que se desprende claramente de su conducta; por lo demas, ustedes pueden formar el juicio que mejor les parezca.

CAND. Tiene usted mucha razon.

ESCRIB. Ya se vé que la tengo. No ve usted que soy práctico en el oficio? Más de una vez he presenciado escenas como esta, y en unas ha venido el novio y en otras no: pero nunca me he equivocado en mi opinion.

CAND. Vamos, hija mia; me parece que ya estarás consolada con las razones que nos ha dado el señor don Crisanto, que es honbre que lo entiende.

CAROL. Lo único que puedo decir es, que desde anoche á las diez estamos esperando á mi novio, y que son las ocho de la mañana y que todavía, no ha parecido.

CAND. Tienes razon, hija mia, la tienes, pero...

ESCRIB. Ya se vé que la tiene. Porque considere usted, señor don Cándido, que es una crueldad tenernos diez horas sentados y sin tomar ninguna clase de alimento: si al ménos hubiera avisado que cenaramos, ya era dis.... tinto. (Se le abre la boca.)

CAND. Y yo que no había cai...do. (Se le abre la boca.) Tenga usted la bondad de pasar al comedor. Antonio, acompaña á este señor y que le den todo lo que pida. Yo mientras voy á recorrer toda la poblacion hasta encontrar á mi yerno.

ESCRIB. Pues allí espero su venida. Hasta luégo. (Y como tardes mucho me parece que me encuentras durmiendo.) (Váse foro.)

ESCENA II.

CAROLINA, CÁNDIDO.

CAND. Pronto, hija mia; tráeme mi baston y mi sombrero.

CAROL. Es inútil, papá; no te molestes en buscar á ese caballero, porque ya no me caso.

CAND. Que no te casas? Y por qué?

CAROL. Porque no quiero.

CAND. Convengamos, hija mia, en que esa razon es imperativa, pero no está fundada en nada.

CAROL. Te suplico que no me hables más de semejante matrimonio; así, pues, voy á quitarme estos adornos.

CAND. Carolina, no te quites nada y razonemos. Dime, no es claro y evidente que si Bustamante no ha venido es porque no ha podido?

CAROL. Sí; pero se avisa.

CAND. Tienes razon; ya estás un poco más razonable. Se avisa... á ménos que no se pueda avisar.

CAROL. Ya! pero eso es imposible.

CAND. Hija mia: si tú hubieras vivido como yo treinta y cinco años en el comercio de pastas, sabrías que no hay nada imposible en la naturaleza. Á veces sale uno de su casa lleno de esperanzas, de ilusiones, y de pronto... paf!

CAROL. Paf?...

CAND. Le cae encima una teja... una chimenea... cualquier cosa, que le impide ir á firmar el contrato. Quién me dice á mí que no ha salido de pronto con una comision del señor Gobernador?

CAROL. Pero si ahora está con licencia.

CAND. De todas maneras debes esperar los resultados, mientras voy á informarme de lo que ocurre. Procura entre tanto distraer al Escribano tocando al piano alguna cosa alegre.

CAROL. Buena estoy yo ahora para ponerme al piano.

CAND. Tienes razon, con la noche que hemos pasado... Llaman! El corazon me dice que es él!

CAROL. Pues si viene es que no ha muerto, y si no ha muerto...

CAND. Es señal de que está vivo.

CAROL. No tiene perdon de Dios faltar á la firma de un contrato.

CAND. Sé indulgente con tu futuro, hija mia, que tiempo tiene él de serlo contigo.

ESCENA III.

DICHOS, LUIS por el foro.

CAND. (Si no es él!)

CAROL. (Cieloa. El jóven de San Sebastian!)

LUIS. El señor don Cándido Buena-Pasta? (Sin bajar de la puerta del foro.)

CAND. Servidor de usted. Hágame usted el obsequio de pasar. (Luis baja.)

LUIS. Mil gracias! Señorita!...

CAROL. Caballero!...

LUIS. (Calle! mi bañista?)

CAND. Puedo saber, señor mio, con quién tengo el honor de hablar?

LUIS. Ante todo quisiera saber si esta señorita es...

CAND. Mi hija, Carolina Buena-Pasta, futura esposa de don Cárlos Bustamante.

LUIS. (Diablo! si yo hubiera sabido...)

CAND. Su madre murió el mismo dia que yo dejé la fábrica de fideos...

CAROL. Papá! (Haciéndole señas para que calle.)

CAND. Tienes razon, hija mia, no es ahora del caso...

LUIS. Pues yo me llamo Luis Escudero, y vengo de parte de mi amigo Bustamante...

CAND. De mi yerno? Cómo está, ha muerto?

LUIS. Muerto precisamente...

CAND. Le hemos esperado toda la noche.

CAROL. Me parece que su conducta...

LUIS. Cuando ustedes sepan lo que ha sucedido, perdonarán su tardanza.

CAROL. Eso es casi imposible.

CAND. Sí señor, imposible... si es que vive. (Ya ves que estoy de tu parte.) (Á su hija.) Ademas, sabemos que no ha parecido ayer por su casa, ni en todo el dia, ni en toda la noche.

LUIS. Como que la ha pasado en la mia. Yo llegué ayer de

Madrid expresamente para abrazarle, pues hacía siete años que no nos veiamos, y como es natural, pasamos el dia juntos, recorriendo todo lo más notable de Toledo.

CAND. Ha visto usted la Catedral? Qué monumento más... Y la torre?... qué altura tan... alta.

LUIS. Pues como iba diciendo...

CAND. Á que no ha podido usted levántar el badajo grande?

LUIS. No señor: pues como iba diciendo...

CAND. Cuando soltero lo levanté una vez... pero despues de casado ni aun el más pequeño he podido.

CAROL. Pero papá...

CAND. Tienes razon, hija mia, estoy interrumpiendo á este caballero. Decía usted...

LUIS. Que cuando nos dirijiamos á su casa de usted para firmar el contrato, él, lleno de esperanzas y yo de envidia, al llegar á una calle que hay cerca de la fonda... no recuerdo en este instante....

CAND. Como no sea la de...

LUIS. Más acá.

CAND. Entónces será...

LUIS. No, la otra.

CAND. Ah! vamos, usted dice...

LUIS. Esa! Pues al llegar á esa calle, y cuando precisamente pasábamos por debajo de un gran balcon...

CAND. Ya lo sé, paf! No te lo decía yo?

LUIS. Y que es eso de paf!...

CAND. Que le cayó encima un tiesto.

LUIS. No señor.

CAND. Entónces una teja?...

LUIS. Tampoco.

CAND. Sin duda el balcon?... Pobre yerno mio! Le habrá hecho una tortilla!...

LUIS. Pero si no le ha caido nada encima.

CAROL. Papá, deja hablar á este caballero.

CAND. Tienes razon, hija mia. Decía usted que al pasar por debajo del balcon...

LUIS. Se sintió acometido...

CAND. Por unos hombres?...

LUIS. De una indisposicion... bastante fuerte.

CAND. Vamos, ya sé lo que es. Habrían ustedes comido mucho y...

LUIS. Tampoco es eso.

CAND. Pues qué demonios es?

LUIS. Es... (Caramba! se me ha olvidado la enfermedad que habíamos convenido...) Cómo, no caen ustedes en lo que fué?

CAND. No señor.

CAROL. Ni yo tampoco.

LUIS. Habiéndoles á ustedes dicho que fué muy fuerte...

CAND. Una neuralgia?... Dolor de muelas!

LUIS. Eso es, una fluxion espantosa.

CAND. Se escedería en los dulces. Precisamente á mí me sucedió lo mismo el dia de mi boda. Mi mujer me hizo comer demasiado dulce, y toda la noche estuve...

CAROL. Todo cuanto ha dicho este caballero me parece muy natural, pero creo que mi futuro ha podido ántes de ahora darnos parte de su repentina indisposicion.

CAND. Convengamos en que en eso tiene razon mi hija.

LUIS. Señorita, el estado en que se encontraba mi amigo no le permitía acordarse de nada, y como el dolor no ha cesado en toda la noche...

CAND. En esos casos, hija mia, se pierde la cabeza y no se está para firmar...

LUIS. Á pesar de eso esta madrugada me hizo que le acompañara hasta aquí, pero al aproximarnos se vió acometido de otro ataque más fuerte que el anterior; y no tuve más remedio que llevarle á mi casa y aplicarle unos sinapismos...

CAND. En el carrillo?...

LUIS. No; en los piés. (Jamás he mentido con tanto descaro.)

CAND. Excelente idea! Y está mejor?...

LUIS. El dolor ha cedido un poco, pero aún tiene la pierna hinchada.

CAND. La pierna hinchada por un dolor de muelas?...

LUIS. No, quise decir el carrillo. (Ahora me acuerdo que era la pierna la enfermedad.)

CAND. De modo que tendrá el carrillo?...

LUIS. Como un melon...

CARLOS. Pues estará precioso.

CAND. Es necesario ir á verle en seguida. Hija mia, trae el baston y el sombrero.

LUIS. No se incomoden ustedes: está abajo en un coche esperando su sentencia.

CAND. Su sentencia?... Un hombre hinchado siempre está perdonado, no es verdad, hija mia?... Vamos, vamos á buscarle.

LUIS. De ninguna manera: no está prevenido y tal vez...

CAND Prevenido?

LUIS. Quiero decir que al verle á usted puede suponer al pronto que baja usted enfadado; y la emocion...

CAND. Es verdad, podría volverle el dolor... Me presentaré á él riéndome.

LUIS. Tampoco: lo tomaría por una risa sardónica. Yo bajaré...

CAND. Antonio! No puedo consentir que usted se moleste...

ANT. Señor! (Saliendo.)

CAND. Abajo en un coche encontrarás á un caballero hinchado.

ANT. Un caballero hinchado?

CAND. Imbécil, á mi futuro yerno. Subirlo aquí con las mayores precauciones.

ANT. Está muy bien. (Váse foro derecha.)

LUIS. (Si lo ven ántes de que yo le ponga al corriente.) Sería conveniente que le dispusieran ustedes un refresco cualquiera; eso le aliviaría mucho.

CAND. Anda, hija mia, eso te corresponde á tí.

CAROL. Pero, papá...

CAND. Los corazones nobles son generosos ante la desgracia. Anda, prepárale una horchata.

CAROL. Caballero!... (Saluda y váse foro izquierda.)

LUIS. Señorita!... (Está mucho más linda que en San Sebastian!) Y usted corra á avisar al escribano: mi amigo quiere firmar el contrato en seguida.

CAND. Á pesar del dolor?

LUIS. Á pesar de todo: corra usted, señor don Cándido.

CAND. Voy: regularmente me lo encontraré dormido. (Vase foro izquierda.)

ESCENA IV.

LUIS, á poco CÁRLOS, ANTONIO y un CRIADO.

LUIS. Pues señor, yo ya he cumplido mi comision. Ahora que se las arregle él como pueda. Aquí está.

CARLOS. Ay!... Por Dios! Tened mucho cuidado... (Sostenido por los dos criados.) Si no me puedo menear... Ay!

LUIS. Colocadlo aquí y marchaos.

CARLOS. Con tiento!... (Le colocan en una butaca.)

ANT. (Valiente novio!) (Vánse.)

CARLOS. Maldita pierna y cómo me duele.

LUIS. No es la pierna la que te ha impedido venir...

CARLOS. Cómo?... (Se levanta de pronto.)

LUIS. Se me olvidó la enfermedad y no se me ocurrió otra cosa que decir, sino que padecías una fluxion espantosa.

CARLOS. Y yo que les he hecho creer á los criados que no podia moverme de resultas del dolor de la pierna.

LUIS. Eso no le hace: lo principal es que tu futuro suegro y tu novia están convencidos de la causa que ha motivado tu tardanza.

CARLOS. Se han creido?...

LUIS. Todo cuanto yo les he dicho.

CARLOS. Condenada Ventura, hacerme perder el tren de las diez... y si no es por aquella llave caida del cielo...

LUIS. Sobre mi cabeza!

CARLOS. Tampoco hubiera podido tomar hoy el tren de la mañana.

CAND. Bueno, en la sala esperamos. (Dentro.)

LUIS. Ya están aquí.

CARLOS. Y ahora, cómo imito yo una fluxion?
LUIS. Infla el carrillo... así! (Lo hace.)
CARLOS. Y entónces cómo voy á hablar?
LUIS. Ah! Toma! Métete este dulce en la boca... pero no te lo comas. (Dándole un dulce de la bandeja. Cárlos se le mete en la boca, pasándoselo al carrillo derecho.)
CARLOS. Pero hombre, esto es muy incómodo.
LUIS. Pronto, que vienen!
CARLOS. La verdad es que esta fluxion es bastante dulce.

ESCENA V.

DICHOS, D. CÁNDIDO, CAROLINA.

CAND. Querido yerno; no puede usted figurarse el disgusto que hemos tenido todos al saber la repentina... Qué barbaridad? Si parece que tiene usted dentro de la boca un melocoton. (Fijándose en el carrillo de Cárlos.)
CARLOS. (Cerca le andas, porque es un albaricoque.)
CAROL. (Qué feo está.)
CAND. Y se encuentra usted más aliviado?
CARLOS. Un po... quito.
CAND. Es una fluxion horrorosa... en mi vida he visto otra igual.
CARLOS. (Ni yo tampoco.)
CAND. Es indispensable que se saque usted la muela dañada; así no puede usted estar.
CARLOS. (Á que me van á hacer que padezca de veras?)
CAND. Á ver, abra uste la boca, y así sabremos... yo entiendo un poco de esto. (Intenta abrirle la boca.)
LUIS. (Va á ver el dulce.)
CARLOS. No, si esto es nervioso, me duelen todas.
CAND. Lo mismo le sucedía á mi mujer que en paz descanse, en cuanto pisaba la fábrica de fideos.
CAROL. Papá!
CAND. Tienes razon, hija, esto no es ahora del caso. Le prevengo, querido yerno, que la tiene usted un poquito enojada y es preciso que la contente usted. (Dígale us-

ted alguna cosa dulce.) (Á Cárlos.)

CARLOS. (Me parece que me voy á comer el que tengo en la boca.) Pero si no puedo hablar.

CAND. Aunque sea por señas.

CARLOS. Carolina... siento... mucho... la tardanza... involuntaria... y deseo...

CAROL. Yo no entiendo lo que dice.

CARLOS. Habla tú por mí. (Á Luis.)

LUIS. Que siente infinito que por su causa se haya retardado el momento más feliz de su vida.

CARLOS. Eso... eso...

LUIS. Y sólo espera que dé usted al olvido su enfado, tendiéndole esa torneada mano en señal de perdon.

CAROL. Qué hago, papá?

CAND. Tiéndesela, hija mia, dentro de poco será tu esposo..

CAROL. Caballero! Su conducta de usted merecía que yo... pero, en fin, ahí va mi mano. (Tendiéndole la mano, que Luis besa.)

LUIS. Oh! gracias! (Se la besa.)

CAROL. Caballero!

CARLOS. Chico! (Le coge de un brazo y le retira.)

CAND. Pero qué hace usted?

LUIS. Dispensen ustedes; estaba tan distraido que he creido que yo era Cárlos.

CARLOS. (En cuanto esté yo bueno, te ajustaré las cuentas. (Á Luis.)

ANT. El vaso de horchata! (Saliendo con su vaso de horchata y su plato. Váse.)

CAND. Tráelo acá; vamos, hija mia, llévale la horchata á tu futuro, eso le hará bajar la inflamacion; y ten cuidado no se la beba su amigo distraido. (Carolina coge el vaso.) Querido yerno: beba usted un poquito de refresco que mi hija ha preparado para usted.

CARLOS. Gracias! (Coge el vaso.) (Con esto en la boca no voy á poder.) (Empieza á comerse el dulce vuelto de espaldas á Don Cándido.)

CAND. El refresco es muy bueno para las fluxiones, y mucho

más si el dolor es nervioso. Recuerdo una vez estando muy malo un amigo mio... Pero qué es eso?... no bebe usted?

CARLOS. Sí señor, es que estaba... (Bebiendo.) (No está malo.) Tome usted y muchas gracias. (Á Carolina.)

CAND. Gran Dios! (Mirando la cara de Cárlos.)

CARLOS. Qué le pasa á usted?

CAND. Mira, hija mia, mire usted, señor de Escudero... Ya no tiene nada. (Señala el carrillo de Cárlos.)

CAROL. Es verdad!

LUIS. (Torpe!)

CARLOS. (Bruto de mí, que ya no me acordaba.)

CAND. Esto es maravilloso... no ha hecho más que tomar la horchata y ha desaparecido instantáneamente la fluxion.

CARLOS. Eso le probará á usted que era completamente nerviosa. Gracias á Dios que puedo hablar, que puedo decirla á usted, Carolina, cuánto deseo que llegue el momento de mi felicidad y de mi...

ANT. La señora doña Julia Bustamante. (Saliendo.)

CARLOS. Mi hermana?

CAND. Qué sorpresa tan agradable: diła que pase. (Váse Antonio.)

CARLOS. (Pero si no es posible.)

CAND. Sin duda el niño estará mejor y ha querido presenciar el contrato.

CAROL. Tenía deseos de conocerla.

CAND. Pero no va usted á recibir á su hermana? Cualquiera diría que le entristece su llegada.

CARLOS. Qué disparate! Corro á... (Ventura!) (Se dirige á la puerta del foro á tiempo que aparece Ventura.)

LUIS. (Su prima!)

VENT. Querido hermano!

ESCENA VI.

DICHOS, VENTURA.

CAND. (Hermosa mujer!)

VENT. Qué es eso, no quieres abrazarme?

CARLOS. Con mucho gusto... es que la emocion... la alegría... (Abrazándola.)

VENT. De verme?

CARLOS. Justamente, como no te esperaba. (Qué vienes á hacer aquí?)

VENT. (Á impedir tu matrimonio.) Aprieta, querido hermano, aprieta! (Abrazándole.)

CAND. (Lo dicho; es muy hermosa esta mujer.)

VENT. Supongo que este caballero será...

CAND. Don Cándido Buena-Pasta, ex-fabricante de fideos, futuro suegro de Cárlos y servidor de usted.

VENT. Mil gracias.

CAND. Nunca podré agradecer lo bastante que se haya usted dignado honrarnos con su presencia. Con su apreciable del veintidos perdí la esperanza de contemplar...

VENT. Con efecto, no contaba con el placer de asistir á esta fiesta de familia.

CARLOS. (Yo tengo calentura.)

LUIS. (Sin duda ha venido en el mismo tren que nosotros.)

CAND. Su venida de usted me indica que el pequeño se encuentra ya...

VENT. Completamente curado.

CAND. Lo celebro en el alma.

VENT. Mil gracias.

CAND. (Pero qué guapa es esta mujer!) Tengo el gusto de presentarle á usted á mi querida hija, futura esposa de Cárlos.

VENT. (Tunante!) (Dando un pellizco á Cárlos.)

CARLOS. Ay!

CAND. Qué es eso?

CARLOS. Nada, los... nervios.

VENT. Señorita, desearé que mire usted en mí á una tierna hermana... y que Cárlos la haga á usted tan feliz como usted se merece. (Abrazándola con fuerza.)

CAROL. Mil gracias, señora. Ay! (Quejándose.)

VENT. Dispense usted, señorita... estos malditos nervios...

CARLOS. (Si la habrá mordido?)
VENT. Sin duda la he lastimado á usted?
CAROL. Oh, no tal! (Qué manera de abrazar tiene esta señora.)
CAND. No es verdad que van á hacer una pareja envidiable?
VENT. Ya lo creo.
CAND. (Por supuesto que su hermano de usted está loco por la chica!) (Á Ventura.)
VENT. De veras, eh? (Toma!) (Dándole un pellizco á Cárlos.)
CARLOS. Ay!
CAND. Pero qué le pasa á usted, yerno?
LUIS. (Le va á hacer un cónclave en el cuerpo.)
CARLOS. Un pequeño dolor... en...
CAND. Las muelas?... Sin duda se va á repetir la fluxion... Pero usted todavía ignora?... Ha tenido esta noche una inflamacion horrible, que no le ha permitido venir á firmar el contrato.
VENT. Conque una inflamacion... Cuánto lo siento. (Se rie.)
CAND. (Cualquiera diría que se alegra.) Sí señora, pero merced á un vaso de horchata, ha desaparecido instantáneamente. Le recomiendo á usted la horchata para los dolores nerviosos; es muy eficaz. Si usted hubiera visto á mi mujer cómo se puso un dia...
VENT. Bien; ya hablaremos de su mujer de usted. (Pasando al lado de Luis.)
CAND. (Y me deja con la palabra en la boca.)
VENT. Calle! Y yo que no había reparado... Usted por aquí, amigo Escudero?
LUIS. Sí señora, he venido... (Turbado.)
VENT. Cuánto celebro... ya sabe usted que se le aprecia mucho. (Dándole la mano y con la otra un pellizco.)
LUIS. Mil gracias! Ay!
CAND. Qué es eso?
LUIS. Nada, un calambre.
CAND. (Pues señor, he reparado que á todo el que se acerca esta mujer le hace quejarse.) Hija mia, no notas algo de extraño en la hermana de Cárlos?
CAROL. Sí tal; sobre todo cuando abraza... si viera usted con

qué fuerza!...

CAND. Aprieta mucho?

CAROL. Bastante!

CARLOS. (Intentas dar un escándalo? (Á Ventura.)

VENT. Tal vez.

CAND. Mira lo que haces, Ventura, que soy capaz...)

CAND. (Voy á preguntarle á Cárlos...) (Se dirige entre medias de Cárlos y Ventura.)

VENT. (Te doy de tiempo cinco minutos para que rompas este matrimonio.)

CARLOS. Jamás.

VENT. Conque jamás?) (Dando un pisoton á D. Cándido, que se ha colocado en medio de los dos.)

CAND. Ay! Me ha reventado usted el número treinta y dos...

VENT. Dispense usted, estoy algo nerviosa...

CAND. (Esta mujer no está buena.) Diga usted, Cárlos, si á usted le parece, podriamos celebrar el contrato; precisamente el escribano está en casa.

VENT. Ah! (Dando un grito nervioso.)

CAND. Qué?

VENT. Nada, los nervios... Conque decía usted que el escribano está en casa?

CAND. Sí señora, hemos pasado la noche juntos en esta sala.

CARLOS. Pues querido suegro, cuando usted guste.

CAND. Entónces voy á decirle que... (Amigo mio, á su hermana de usted le pasa algo extraño... he observado...)

CARLOS. No, es su carácter... y luego la alegría... el ferro-carril... usted comprende?

CAND. Perfectamente. (Sin embargo, esta mujer no está buena y es lástima, porque es muy hermosa.)

CARLOS. Pero no va usted á avisar al escribano?

CAND. Ahora mismo. (Se dirige al foro.)

LUIS. Qué es lo que va á hacer?

CARLOS. Lo ignoro.

CAND. Ya no hay necesidad, aquí está.

VENT. (Faltan tres minutos. Renuncias?

CARLOS. No.

VENT. Pues no firmarás!)

ESCENA VII.

DICHOS, el ESCRIBANO.

GAND. Qué tal, ha almorzado usted bien?

ESCRIB. Perfectamente. Señores, tengo el honor... Señor de Bustamante, he sentido infinito el repentino accidente que...

CAND. Vamos, señores, tomen ustedes asiento, que va á procederse á la firma del contrato.

ESCRIB. (Y decía que tenia la cara desfigurada.) (Mirando á Cárlos.)

CAND. Usted, señora, al lado de mi hija, y usted querido yerno, aquí conmigo. (Se sientan todos formando un semicírculo alrededor de la mesa. Carolina y Ventura á la derecha del Escribano. D Cándido, Cárlos y Luis á su izquierda.)

CAROL. (Ántes deseaba casarme, pero ahora me alegraría que la boda no se verificase.)

CAND. El señor Escribano tiene la palabra.

ESCRIB. Espere usted que me coloque las gafas. (Ventura hace señas á Cárlos de que faltan dos minutos.)

CAND. Cárlos, su hermana de usted le está haciendo señas.

CAROL. No haga usted caso, son los nervios.

ESCRIB. «Por ante nos, Crisanto Policarpo Teveas, Escribano domiciliado en...» (Leyendo.)

CAND. Adelante, adelante. (Ventura hace señas á Cárlos de que falta un minuto.) Cuando le digo á usted que le hace señas...

CARLOS. No. (Fuerte y contestando á Ventura.)

CAND. Cómo que no?

CARLOS. Digo que ya sé lo que es.

ESCRIB. (Leyendo.) «Artículo primero: los esposos declaran ca»sarse bajo el régimen...»

VENT. Silencio! (Se levanta de pronto.)

CAND. Qué pasa?...

ESCRIB. Qué sucede?...

VENT. Silencio! (Más fuerte que ántes.)
CAROL. Esta señora me da miedo.
VENT. No oyen ustedes un ruido... lejano... muy lejano... (Figurando que escucha.)
CAND. No; yo no oigo nada. (Aplica el oido á un lado.)
ESCRIB. (Id.) Ni yo.
VENT. Sonido de cornetas...
CAND. Y lejano?... serán los milicianos.
VENT. Silencio! Ya se van... ya no se oye... (Transicion natural.) Puede usted continuar, señor Escribano. (Sentándose.)
CAND. (Lo dicho, esta mujer no está buena.) Me parece que su hermana de usted...
CARLOS. Con efecto... el ferro-carril... y la alegría... (En qué parará esto, Dios mio!)
ESCRIB. Continuo. «La señorita de Buena-Pasta, lleva en dote »á su mari...»
VENT. Ah! (Dando un grito agudo y levantáadose.)
TODOS. Qué? (Levantándose.)
VENT. Perdon! perdon! Yo no he sido; soy inocente de ese crímen atroz! El criminal está allí rodeado de viles aduladores! (Señala á D. Cándido.)
TODOS. Qué dice?
VENT. Ese, ese ha asesinado al Dux!
TODOS. Al Dux?
LUIS. (Á Cárlos.) Chico, está sublime!
CARLOS. Déjame en paz.
VENT. No, no te ocultes... te reconozco... tú eres Faliero!... (Cogiendo á D. Cándido de la mano y mirándole fijamente.)
CAND. Si soy Buena-Pasta!
VENT. Mientes! Veo claro en tu rostro la señal de tu crímen. Esa cicatriz te vende. Miradla todos!
CAND. Pero... (Tentándose la cara.)
VENT. No la ocultes, que el tribunal vea mi inocencia, que el mundo entero reconozca en tí al asesino de mi esposo... toma, toma las pruebas. (Dándole una fotografía.)
CAND. Pero, qué dice esta mujer?...

ARLOS. Hermana!

CAROL. Señora!

VENT. Yo tu hermana!... já, já, já! (Prorumpe en una estrepitosa carcajada que no dejará hasta que la sientan en una butaca. Luis y Carolina la sujetan.)

CAND. Es necesario llamar á un médico.

CARLOS. Á la guardia civil...

CAND. Para su hermana?... Colóquenla ustedes en esa butaca!... Eso es un ataque nervioso...

VENT. Já, já, já! (Luis y Carolina la colocan en la butaca.)

CAND. No la suelten ustedes!... Yo voy á llamar á Antonio para que prepare un vaso de horchata, pues ya han visto ustedes que da excelentes resultados... Antonio! (Llama.)

ESCRIB. Como supongo que este incidente hace suspender el contrato...

CAND. Naturalmente.

ESCRIB. Me marcho á dormir.

CARLOS. No se vaya usted, señor Escribano! Mi hermana padece muy á menudo de estos ataques, pero en seguida se la pasa.

ESCRIB. Bueno, esperaré. (Se sienta.)

CAND. Ah!... Conque no es la primera vez que...

CARLOS. No señor.

CAND. Y siempre la da por llamarle á uno fullero y entregarle... (Mirando la fotografía.) Calle, pues si es su retrato de usted!

CARLOS. Mio?... (Qué nuevo enredo será este?...)

CAND. Qué he leido? (Que ha leido el reverso del retrato.) Cómo, caballero, ha tenido usted valor de engañarme de esta manera?...

CARLOS. Qué dice usted?

CAROL. Qué es eso, papá?

CAND. Lee, hija mia, y verás qué infamia! (Dándole la fotografía.)

VENT. (Ahora va á ser ellla.)

CAROL. «Á mi querida Ventura, en prueba del cariño que le »profesa su futuro esposo. Cárlos Bustamante. Ma-

»drid, cuatro de Enero de mil ochocientos setenta y »nueve.»

CARLOS. (Todo se descubrió.)

CAROL. Papá, yo no puedo ser esposa de un hombre que se ha comprometido con otra mujer.

CAND. Y en el mes de Enero... Es decir, hace diez y seis dias

CARLOS. Pero si ustedes me dejaran hablar yo les explicaría...

CAROL. De ninguna manera, yo no seré esposa de usted jamás.

CAND. Sin embargo, hija mia...

CAROL. Es inútil; ademas, ya sabe usted que yo no quería á este caballero.

CARLOS. Cómo?

CAROL. Y si me casaba con él era tan sólo por obedecer á usted.

CARLOS. Sí? Pues franqueza por franqueza, yo... tampoco la quería á usted, señorita. Y ya que ha llegado la ocasion de decir la verdad, señor don Cándido, renuncio generosamente á la mano de su hija y me caso...

VENT. Con quién? (Levantándose de pronto.)

CARLOS. Contigo. (Dándole la mano.)

CAROL. Cómo?

CAND. Qué barbaridad! Con su hermana...

LUIS. Já, já, já!

CAND. Otra vez el ataque nervioso. Sujétenla ustedes.

VENT. No hay necesidad, estoy completamente buena; todo ha sido fingido.

CAND. Fingido?

CARLOS. Tengo el gusto de presentarle á usted á mi prima Ventura Lopez, que ha tomado el nombre de mi hermana para estorbar mi matrimonio.

CAND. De manera que se han burlado ustedes de mí? Y usted tambien segun parece? (Á LUIS.)

ESCRIB. Pero me hacen ustedes el favor de decirme para qué estoy yo aquí desde anoche esperando al futuro? (Despertando.)

CARLOS. El futuro es el mismo, únicamente hay que variar el nombre de la futura.

CAND. Conque es decir, hija mia, que te quedas soltera?
LUIS Si usted me conceptúa con bastante mérito para ser su yerno?...
CAND. Cómo?
CARLOS. Tú?
LUIS. Hace tiempo que amo á Carolina, pero los deberes de la amistad me han hecho guardar silencio.
CAND. Pero mi hija le quiere á usted?...
CAROL. Un poquito, papá.
CAND. Pues entónces sed felices.
LUIS. Señor Escribano, borre usted el nombre del futuro y ponga usted el mio.
ESCRIB. En qué quedamos... quién se casa?... (Dejando de escribir.)
CARLOS. Yo!
LUIS. Yo!
VENT. Y yo!
CAROL. Y yo!
CAND. (Y yo... si esa mujer no hubiera estado comprometida.)
ESCRIB. «Por ante nos Crisanto...»
CAROL. Un momento.
ESCRIB. Otra vez?
CARLOS. Voy á convidar á estos señores.
(Al público.) El señor de Bustamante
reconocido empleado,
va á contraer nuevo estado
con la linda y elegante
señorita Lopez Prado.
Y tengo autorizacion
para poderles decir,
que si álguien quiere venir
á presenciar esta union,
no tienen más que... aplaudir.

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

La venganza de un pirata, drama en cuatro actos.
El hijo de su excelencia, en dos actos.
La familia pesadilla, en dos actos.
El sobrino del difunto, zarzuela en un acto.
Un alcalde popular.
Á la harana me vuelvo.
Adelina.
Mi sobrino.
La revancha.
Quien quita la ocasion.
De vuelta del otro mundo.
El coracero.
Los gabanes.
¿Quién es el muerto?
Lo que parece y no es.
Un pájaro en el garlito.
La primera y la última.
Por un portugués.
El hijo de mi amigo.
Ántes de amanecer.
Hinestosa padre é hijo.
En perpétua agonía.
Tres ruinas artísticas, zarzuela en un acto.
Salvarse en una tabla.
El quince de febrero.
El marido de la viuda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.